

# Chile en su laberinto. Partidos políticos y representación a la luz de las elecciones de 2013\*

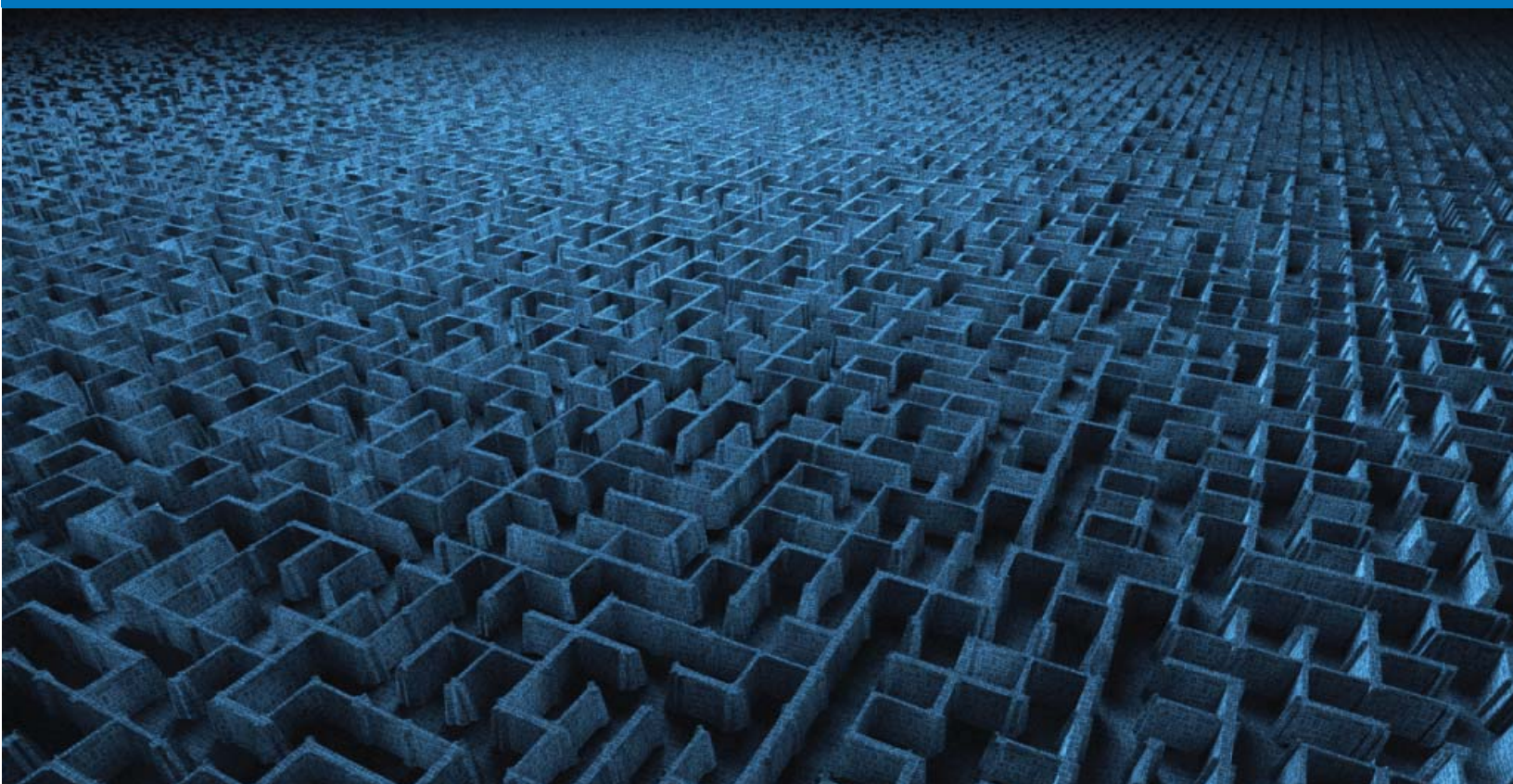
Gabriela Benetti  
(UNR - UNER)

gbenetti62@hotmail.com

Cintia Pinillos  
(UNR - UNER)

cintiapinillos@gmail.com

\* Las autoras agradecen los comentarios y sugerencias realizados por Juan Bautista Lucca a la primera versión de este trabajo.





## Resumen

Los procesos electorales constituyen escenarios propicios para observar tanto el juego interpartidario, como la relación de más largo plazo que se establece entre política y sociedad. En el presente trabajo, se analizará el escenario de las elecciones presidenciales y parlamentarias chilenas de 2013, con el objetivo de abordar los déficits y temas pendientes de la democracia que emergieron en la agenda electoral, dos décadas y media después de las elecciones fundacionales que cerraron el ciclo autoritario. En este sentido, se pondrá énfasis en los aspectos político-institucionales, interpretando que los mismos pueden brindar claves para abordar el estudio del debilitamiento de los vínculos entre los ciudadanos y la política.

**Palabras claves:** Partidos políticos – representación – Chile – elecciones 2013

## Abstract

Electoral processes are an ideal setting for the arise of tensions between political parties. They also provide us with evidence to study the development of the long term relation between politics and society.

The object of this paper is to analyze Chile's presidential and parliamentary elections in 2013, in order to discover the faults and pending matters that may be found in the democratic system, as elections draw renewed attention to them. More than two decades have passed since the very first elections that signaled the authoritarian government's end.

The main focus of this work will be placed in the political and institutional phenomena, and the goal will be to try and find out the keys to study the decline of the bond between politics and the citizenship.

**Keywords:** Political parties – Representation – Chile – 2013 elections

Gabriela Benetti - Cintia Pinillos, "Chile en su laberinto. Partidos políticos y representación a la luz de las elecciones de 2013". Cuadernos del Ciesal. Año 11, número 13, enero-diciembre 2014, pp. 48-61.

## 1. Introducción

Los trabajos comparativos que estudian a los partidos y sistemas de partidos en América del Sur a partir de los procesos de democratización de la década de 1980, coinciden en caracterizar a Chile como un país que cuenta con uno de los sistemas de partidos más institucionalizado y estable de la región, integrado por organizaciones partidarias sólidas y establecidas, y con un significativo nivel de competitividad (Mainwaring y Scully, 1996; Coopedge, 2000; Cavarozzi y Casullo, 2002; Mainwaring y Torcal, 2005).

La transición chilena, abierta a partir del plebiscito de 1988, puso a los partidos en el centro de la escena. En el marco de un proceso constreñido por la Constitución autoritaria, los partidos fueron los protagonistas de una transición vía transacción (Mainwaring y Share, 1986) De la misma, emergió un régimen democrático fuertemente condicionado por el poder que conservaban los actores autoritarios, pero con un sistema de partidos fortalecido, ordenado en torno a dos grandes coaliciones: la Concertación y la Alianza de derecha.

El sistema de partidos emergente inauguró un nuevo clivaje que se había manifestado en la contienda del plebiscito: autoritarismo – democracia (Valenzuela, 1995; Moulian, 2002). La derecha se ordenó en torno a dos partidos: la Unión Democrática Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN), que encarnaron distintas visiones en relación con el pasado autoritario. La Concertación de los Partidos por el NO -que luego del plebiscito pasó a denominarse Concentración de los Partidos por la Democracia-, se estructuró en torno a dos partidos que habían sido opositores en la época de la Unidad Popular de Allende, y que habían ocupado roles históricos contrapuestos en el golpe de estado de 1973: la Democracia Cristiana (DC) y el Partido Socialista (PS)

Así, el sistema de partidos, organizó espacialmente la competencia en el eje izquierda – derecha, a partir de un juego de bloques estables que se orientaron hacia el centro del espectro político pero que recogía las contradicciones que persistían en relación con el pasado autoritario. Este segundo juego ordenaba la relación entre las dos coaliciones de cara al electorado pero, a la vez, persistían diferencias al interior de las mismas. Este rasgo era más evidente en el caso de la Alianza de derecha, en donde Renovación Nacional, desde su fundación, había señalado sus distancias con respecto al pasado pinochetista y al futuro del régimen democrático<sup>1</sup>.

Por su parte, el presidencialismo chileno disfrutó de altos niveles de estabilidad, en el marco de una región que fundamentalmente a partir de la década de 1990 enfrentó crisis presidenciales, que terminaron, en algunos casos, con la destitución o la renuncia de los presidentes.(Pérez-Liñán, 2009) El presidencialismo chileno se considera un caso exitoso de coalición (Lanzaro, 2001; Chasqueti, 2006), que salió airoso de las experiencias de la alternancia intra bloque entre los socios de la Concertación –los dos primeros gobiernos, de Aylwin y Frei fueron de la Democracia Cristiana (DC) y luego, con Lagos y Bachelet, llegó el Partido por la Democracia y el Partido Socialista (PS). También sorteó el desafío

---

1. Para Moulian y Torres Dujisin, el análisis del proceso de reorganización de la derecha chilena entre 1983 y 1988 muestra que, más allá de la exigencia de ambos de expresarse a favor del gobierno militar, no surge una organización unificada, sino una derecha bipartidista, semejante a lo que ocurrió en los tiempos de conservadores y liberales (2011:275).



de la alternancia entre bloques, cuando en 2009 Piñera, de Renovación Nacional (RN), encabezó la coalición de derecha que venció al candidato de la Concertación en segunda vuelta.

Este panorama lleva a que buena parte de los análisis comparados presenten a Chile como una democracia representativa robusta, en un contexto regional de regímenes democráticos que han sido calificados con diversos adjetivos para significar en alguna medida déficits en el componente representativo de sus regímenes: delegativas, hiperpresidenciales, fragmentadas, con sistemas de partidos rudimentarios, con partidos débiles y líderes personalistas que intentan resumir en su persona el vínculo con la sociedad a través de estrategias plebiscitarias.

Sin embargo, en el debe y el haber del sistema político chileno desde el retorno a la democracia, es necesario considerar algunos elementos claves que, si bien no anulan los logros en términos de estabilidad del sistema político, plantean fuertes desafíos para el gobierno de Michelle Bachelet que a finales de 2013 consiguió una nueva alternancia entre bloques, esta vez a favor de la Concertación, advenida en Nueva Mayoría, con la incorporación por primera vez en su seno del Partido Comunista (PCCH). La candidata de la coalición de centro izquierda, fue elegida por un amplio margen en segunda vuelta. Sin embargo, su triunfo se dio en un contexto de profunda desafección y apatía ciudadana, en donde uno de los datos más destacados fue el escaso nivel de participación electoral.

En el presente trabajo, se analizará el escenario de las elecciones presidenciales y parlamentarias chilenas de 2013, con el objetivo de abordar los déficits y temas pendientes de la democracia chilena, que emergieron en la agenda electoral, dos décadas y media después de las elecciones fundacionales. En este sentido, se pondrá énfasis en los aspectos políticos institucionales, interpretando que los mismos pueden contribuir a explicar el debilitamiento de los vínculos de los ciudadanos y la política.

## 2. La desafección electoral y las distancias entre sociedad y política

Los datos principales en la noche del 17 de noviembre de 2013, al conocerse los resultados de la primera vuelta electoral, eran dos: que habría ballottage, porque más allá de la diferencia de más de 20 puntos de Michelle Bachelet (Nueva Mayoría) sobre Evelyn Matthei (Alianza por Chile), no se había llegado a la mitad más uno necesaria para un triunfo en primera vuelta; y que el nivel de abstencionismo, con el estrenado sistema de padrón automático y voto voluntario, había sido cercano al 50%.

En estas elecciones, se estrenaba a nivel nacional el nuevo sistema de votación por medio del cual se abandonaba el voto obligatorio con un padrón construido a partir de la inscripción voluntaria. En el sistema anterior, el voto era obligatorio para todos aquellos que se inscribían en el padrón electoral y una vez inscriptos, la permanencia en el padrón era definitiva. Este sistema llevó a un progresivo "envejecimiento" del padrón electoral, por el escaso nivel de incorporaciones de nuevos electores a lo largo del ciclo democrático. El nuevo sistema estableció la inscripción automática en el padrón de todos los hombres y mujeres mayores de 18 años y el voto pasó a ser voluntario.

La desafección política no es un dato totalmente nuevo en Chile. Marcelo Mella plantea que creció de un 14% en 1990 a un 53% para finales del 2011, y que el crecimiento sostenido expresa la gran pérdi-

da de centralidad de la política institucional en este país (Mella, 2013:308). Las elecciones de 2009, si bien introdujeron la novedad de la alternancia intra bloques, confirmaron un panorama de desafección política y planteó un desafío al sistema político para corregir los bajos niveles de partición (Ruiz Rodríguez, 2013)

Así, el nuevo sistema de votación, sancionado durante el gobierno de Sebastián Piñera, intentó, sin éxito, promover la participación de ciudadanos que no estaban incluidos en el juego electoral, sobre todo del sector más joven del electorado. Sin embargo, en los hechos, el cambio terminó profundizando el problema en valores absolutos, arrojando un resultado adverso en cuanto a la participación ciudadana.

Para Manuel Antonio Garretón, los magros resultados de la última elección plantean que Chile se encuentra en la "línea de flotación de la legitimidad democrática". El voto voluntario consolidó la elección de más baja participación desde la recuperación democrática, lo que debela, para el sociólogo y politólogo chileno, un momento fundacional por la deslegitimación del sistema político. A buena parte de la sociedad chilena parecen no importarles las elecciones, y este parece ser un problema que se vuelve más patente en los sectores más jóvenes de la población.

En un estudio de 2009 sobre la incidencia que podría tener la implementación del voto voluntario en Chile de acuerdo con la edad, el nivel socioeconómico y la identificación política, Morales, Cantillana y González brindan algunas pistas para comprender el alto nivel de abstencionismo en las elecciones pasadas. En relación con los jóvenes, las encuestas realizadas plantean que tienen menor predisposición a votar en un contexto de elecciones voluntarias que la población de mayor edad. Esto resulta correspondiente con el porcentaje de jóvenes inscriptos en el sistema anterior, cercano al 18 % (2009:45)

El cambio hacia el voto voluntario no logró interpelar a la población que se resistía a la inscripción en el padrón electoral. En este sentido, para Garretón, a partir de los últimos años se viene produciendo una ruptura entre los actores sociales y los partidos políticos. Este es un dato relativamente reciente en un país en el cual históricamente actores sociales se constituyeron a través de la matriz política de organización social, siendo los partidos la columna vertebral del sistema político (Garretón, 1983).

Otros autores han matizado la fortaleza histórica de los partidos chilenos. En esta línea, Mainwaring, Montes y Ortega (2001) han discutido el alcance de algunas ortodoxias en torno al sistema de partidos en este país, y en este sentido han planteado la relativa fluidez del sistema de partidos, tanto en el período anterior al autoritarismo como en el que se abre con la redemocratización a finales de los '80. Así, si bien el sistema de partidos ha sido más estable que otros de la región, puede estar sufriendo un proceso de calcificación, que profundice las distancias entre partidos y sociedad (Moulian, 2002)

Un elemento institucional que aparece como telón de fondo de la desafección electoral, y que constituye parte de la agenda de reformas que se pusieron en juego en la elección de 2013, es el sistema electoral binominal. Este enclave institucional (Garretón, 1991), que fue pensado para garantizar la presencia de la derecha como actor clave del sistema político, alienta a la estrategia de bloques y desalienta la construcción de nuevas opciones políticas, tiende a favorecer a los actores partidarios instituidos y garantiza un relativo equilibrio entre las dos opciones principales, limitando de esta for-



ma la agenda de reformas políticas en el Parlamento. En el marco de las reglas establecidas por el binominal, es difícil que se generen grandes cambios en términos de representación.

La principal beneficiaria de la forma de asignación de escaños parlamentarios del sistema binominal han sido los partidos de derecha, y es uno de los legados institucionales más perdurables de la dictadura pinochetista. El sistema binominal que define la asignación de escaños en el Congreso, sólo permite que los candidatos de los dos grandes bloques tengan efectiva representación en el Parlamento, dejando por fuera a amplios sectores y expresiones.

El malestar en relación con el sistema binominal no es sólo una cuestión de especialistas y políticos, sino que en Chile existe un consenso social bastante extendido en cuanto a que el sistema electoral vigente cristaliza el estado de cosas y favorece la continuidad de los actores tradicionales, desalentando la aparición de nuevas opciones políticas.

La desafección política, es síntoma del descreimiento ciudadano en que es a través de las urnas que se lograrán las transformaciones que se reclaman en la arena social. Más allá de las interpretaciones, por su propia mecánica, el binominal tiende a compensar el peso de dos grandes fuerzas en el nivel parlamentario, reservando una representación equivalente para la segunda fuerza más votada –excepto en aquellos casos en los que se produzca un doblaje- y desalentando la emergencia de terceras fuerzas.

Además de la falta de representatividad que produce el sistema binominal, el juego interno de los partidos presenta en general rasgos jerárquicos, excluyentes y poco competitivos, incrementando la distancia con los ciudadanos. La centralidad de las cúpulas partidarias para definir candidaturas es otro elemento que parece contribuir a explicar los incrementos en la desconfianza hacia los partidos y el abstencionismo (Ruiz Rodríguez, 2013:18)

Los partidos políticos, a falta de instancia de articulación mejor, siguen siendo el espacio de constitución de actores y movimientos, y la forma más legitimada de representación, pero no generan niveles de confianza importantes en la ciudadanía. Han perdido centralidad y densidad, y en general los políticos ya no convocan. Por su parte, los movimientos sociales canalizan la participación pero no logran institucionalizar demandas, de tal suerte que lo social no encuentra expresión política.

Desde hace un tiempo, el mundo social está distanciado del mundo político. A partir de 2006 y más claramente en 2011, la explosión del movimiento estudiantil constituye un contundente indicador del resquebrajamiento de la relación entre política y sociedad, entre los partidos y los movimientos sociales. El movimiento estudiantil no es el único que desde la arena social cuestiona el sistema político vigente. Se le han sumado también el movimiento regionalista, el medioambiental, movimientos de pueblos originarios, por la diversidad cultural, de inquilinos y de consumidores.

El rasgo común de estos movimientos es que no son contenidos por el sistema de partidos, a pesar de los intentos de la política por representarlos. En este sentido, los principales líderes del movimiento estudiantil fueron candidatos para cargos legislativos<sup>2</sup>. Cuatro de ellos fueron electos y han conforma-

2. Algunos lo hicieron dentro de la estructura del PCCH, integrando en esta elección la alianza de centro izquierda, otros a

do un bloque parlamentario. Sin embargo, las organizaciones estudiantiles están siendo conducidas por fuerzas distintas, desplazando a aquellas que, como el PCCH, optaron por la estrategia partidario electoral<sup>3</sup>.

Los movimientos de protestas en Chile constituyen un fenómeno que parecen resultar esquivos para los partidos políticos, sin embargo, según una encuesta realizada por la Universidad Diego Portales en el primer semestre de 2013, el 56,4% de los entrevistados estaba persuadido de que las mismas eran impulsadas por los partidos políticos. Este mismo informe relevó la confianza que la ciudadanía tiene en sus instituciones y los partidos políticos concitaron sólo el 5,2 –ocupando el último lugar en una escala decreciente que incluyó a Carabineros, Fuerzas Armadas, Municipalidad, Iglesia Católica, Gobierno, Tribunales de Justicia y Partidos Políticos.<sup>4</sup>

En este contexto de desafección política, las elecciones de 2013 presentaron un número inédito de opciones para el cargo de presidente de la república. Este dato permite inferir que la amplitud de la oferta se debe a la imposibilidad de encausar las opciones políticas en el abanico ordenador del sistema de partidos. Sin embargo las candidaturas alternativas no lograron interpelar a los electores. Con excepción de los candidatos que ocuparon el 3° y 4° lugar, Marco Enriquez Ominami por el Partido Progresista y Franco Parisi como candidato independiente, el resto de los contrincantes tuvieron un rol marginal, ya que sumados los cinco no alcanzaron el 7% de los votos.

El Partido Progresista (PRO) de Enriquez Ominami presenta una propuesta de más largo aliento en el sistema de partidos. Sin embargo, en las elecciones de 2013, obtuvo la mitad de los votos que en las elecciones de 2009. Por su parte, el outsider Parisi, con su candidatura independiente, sólo tuvo un impacto coyuntural y mediático, que no parece impactar en el mediano plazo en el sistema de partidos. Anunciando sus candidaturas por fuera de la Nueva Mayoría pero autoreferenciándose a la izquierda de la misma, además de Enriquez Ominami se presentaron distintos candidatos: Marcel Claude (Partido Humanista) –quien se había ido en 1995 de la Concertación luego de participar en la misma en el marco del PPD-; Alfredo Sfeir, por el Partido Ecologista Verde; y Roxana Miranda, del Partido Igualdad, militante social, con una participación destacada en la Asociación de Deudores Habitacionales, entre otros.

Así, aunque varias de las múltiples candidaturas minoritarias recogían posiciones innovadoras en relación con las dos alianzas que concentraron la vida político-partidaria desde la democratización, e incluso apelaban a demandas expresadas en la arena social –como el movimiento de los inquilinos, ambientales y regionalistas- la mitad de los ciudadanos chilenos habilitados para hacerlo, eligieron no ir a votar en la primera vuelta.

---

través de candidaturas independientes.

3. Para un desarrollo en profundidad consultar los trabajos de Florencia Paz y Lucía Vinuesa “Análisis de la cuestión de la reforma educativa chilena a partir de las movilizaciones sociales del año 2011” y de Florencia Paz, “De la arena social a la arena política. Un análisis sobre el movimiento estudiantil chileno” que integran este dossier.

4. Encuesta Nacional UDP. 2013-Primer Semestre. [http://encuesta.udp.cl/descargas/publicaciones/2013\\_Primer Semestre](http://encuesta.udp.cl/descargas/publicaciones/2013_Primer_Semestre).



Por otro lado, la explosión de candidatos no implicó la dispersión electoral, sino que se mantuvieron con un fuerte caudal de votos las dos fuerzas mayoritarias, y los dos candidatos más cercanos a ellas se repartieron el 20% de los votos, aumentando levemente el porcentaje de votos recibidos por terceras fuerzas en relación con las elecciones de 2009.

En la segunda vuelta, Bachelet superó el 62% de los votos contra el algo más del 37% de la candidata de la derecha. Así, la nueva presidente sumó algo más de 3.200.000 de votos, frente a los 13 millones de ciudadanos del padrón electoral. Puestos en perspectiva, estos resultados superan ampliamente los que obtuvo en la segunda vuelta de 2009 Piñera, al inaugurar el ciclo de alternancia entre bloques. En las elecciones pasadas, el candidato de la alianza de derecha triunfó con el 51,61% de los votos, frente al candidato de la Concertación (el ex presidente Frei) que obtuvo 48,39 %.

Bachelet triunfó por más de 10 puntos porcentuales que su antecesor, y es sin dudas la figura política más relevante del espectro chileno. Sin embargo, la legitimidad que le otorgaron los resultados electorales, tienen como telón de fondo el alto nivel de abstencionismo electoral y el debilitamiento del vínculo entre ciudadanía y partidos.

### 3. Cambios y continuidades en los principales actores políticos

Una de las novedades político-partidarias de las elecciones de 2013, fue la incorporación del Partido Comunista a la Concertación. Así, la Nueva Mayoría presentó una composición más compleja que la coalición anterior, y anunciaba una agenda de transformaciones más osada que las versiones anteriores. La incorporación PCCH podrá impactar en la convivencia interna del nuevo gobierno, fundamentalmente en relación con las modalidades y los ritmos del programa de reformas impulsado por el gobierno.

La convivencia entre las distintas fuerzas que integran el oficialismo, sobre todo en la arena parlamentaria se jugará en función de las posibilidades de consensuar el tenor de la agenda legislativa en las distintas líneas políticas abiertas. El ritmo, el formato y el contenido de los cambios propuestos, sobre todo en algunos temas donde se vislumbran menos consensos –como el formato de reforma constitucional-, pero también de cara a la agenda de gobierno que se está llevando a cabo en términos de reforma tributaria, educativa y del sistema electoral, condicionará la relación al interior de una coalición crecientemente heterogénea, y que necesitará de todos los partidos que la componen para implementar el programa de gobierno. El consolidado liderazgo de Bachelet, que quedó evidenciado en el proceso electoral, parece ser en los primeros meses de gobierno la garantía para la convivencia interna de la coalición.

Por su parte, Unión por Chile, recibió un revés histórico por sus magros resultados electorales. Evelyn Matthei de la UDI, demostró ser una mala candidata para la Alianza a la que representaba, sino también para el propio presidente Piñera. Su candidatura fue confirmada pocos meses antes de las elecciones, ante la renuncia del candidato que había surgido de las primarias de la coalición, Longueira.



El candidato fallido, un histórico de la UDI, había participado de su fundación en la década de 1980, y renunció en el tramo final de la campaña aduciendo que padecía problemas de salud.

En este marco, la Alianza festejó como si fuera un triunfo el ingreso en la segunda vuelta electoral, ya que se especulaba con que Bachelet ganara en la primera instancia, y además, en algunos momentos, los sondeos la ubicaban en tercer lugar por el crecimiento intermitente de los candidatos Enriquez Ominami y Parisi.

La convivencia al interior de la Alianza de derecha en la arena parlamentaria tampoco se vislumbra sencilla, sobre todo de cara a la agenda de reformas, ya que la RN se considera favorable a acompañar algunas transformaciones, como por ejemplo el cambio del sistema binominal, mientras que la UDI, fiel a sus posturas históricas, representa el ala más conservadora de la coalición de centro derecha.

En cuanto a la composición del nuevo parlamento, los candidatos de la derecha superaron en alrededor de 10% los resultados obtenidos por Matthei para la presidencia. En la reconfiguración de la correlación de fuerzas en el campo de la derecha en el mediano plazo, los resultados diferenciales para la categoría de presidente y de diputados y senadores, constituyen un dato significativo, ya que más allá del magro rendimiento para el cargo de presidente de la república, el balance de fuerzas en el legislativo no se ha modificado de manera sustantiva.

Finalmente, cabe reflexionar acerca de las posibilidades que presenta el escenario poselectoral para la consolidación de una tercera fuerza que modifique el esquema predominantemente bipolar que definió al período democrático desde las elecciones de 1989.

En las elecciones de 2009, la aparición de la figura de Marco Enriquez Ominami, parecía augurar un escenario más competitivo hacia el futuro. Sin embargo, luego de las elecciones de 2013, al menos en el mediano plazo, las perspectivas son menos favorables a una transformación de la dinámica interpartidaria.

En la primera vuelta de 2013, el PRO quedó en tercer lugar, luego de haber superado al candidato independiente Parisi, pero habiendo perdido cerca del 50% del caudal electoral en relación con los resultados del 2009. Sin embargo, su persistencia en el escenario partidario permite vislumbrar una gravitación mucho más estable que la del resto de los candidatos minoritarios que compitieron en las elecciones pasadas.

Antes de las elecciones de 2009, en las que la Concertación fue derrotada por primera vez desde el retorno a la democracia, Enriquez Ominami se había alejado del Partido Socialista porque la dirigencia de su partido acordó apoyar la candidatura de Frei para las elecciones de 2009, impidiéndole competir en elecciones internas. Este hecho –ejemplo de la falta de la competencia interna en los partidos y de acuerdos entre cúpulas– motivó que se presentara como candidato a la presidencia por fuera de la Concertación, obteniendo el 20,13% de los votos.

Enriquez Ominami, aspira a presentarse como una opción política a la izquierda de la Concertación –ahora Nueva Mayoría (NM)–, con intención de romper con el “duopolio”, como él ha denominado a la predominancia que las dos coaliciones principales han mantenido desde la recuperación de la demo-



cracia, sin embargo también puede fortalecerse como opción política de recambio, retornando en el próximo ciclo electoral al seno de la alianza de centro izquierda pero con una fuerza política propia.

Así, la mayor fragmentación del tercer lugar en las pasadas elecciones, puede anunciar un reforzamiento de la lógica bipolar, en el marco de las reglas electorales vigentes, o anunciar una mayor diferenciación de las opciones en el juego interpartidario. En este sentido, el destino de una tercera fuerza, depende en buena medida del avance en términos de mayor proporcionalidad del sistema electoral, para aumentar los incentivos y las chances de crecimiento. La posibilidad de que el PRO se constituya en un partido desafiante (López, 2005) con capacidad de éxito está también atada al desarrollo de su estructura interna, que aún parece ser muy débil, y fuertemente dependiente del liderazgo de Enriquez Ominami.

Uno de los escenarios prioritarios para observar el juego de los actores políticos principales lo constituye el Parlamento. Como se anunciaba en el marco del proceso electoral y como lo han demostrado los primeros meses del nuevo gobierno, es el ámbito central donde se juega la agenda de reformas –el laberinto que enfrenta Bachelet y en buena medida, toda la clase política chilena.

En la Cámara de Senadores, sobre un total de 38 bancas, la NM cuenta con 21 (6 de la DC, 6 del PPD, 6 del PS, 1 del MAS y 2 de Independientes Nueva Mayoría) y la Alianza por Chile 16 (8 RN, 8 UDI y 1 de Independientes Alianza). Por su parte, la composición de la Cámara de Diputados luego de las elecciones presenta el siguiente escenario: sobre un total de 120 diputados, 67 corresponden a la NM (21 de la DC, 15 del PPD, 15 del PS, 6 del PRSD, 6 del PC, 1 del PL y 4 independientes de NM) y 49 a la Alianza. El PC, ahora integrado a la NM, duplicó el número de diputados con los que contaba<sup>5</sup>.

Los datos revelan que la NM consiguió mayoría en ambas cámaras, al alcanzar diez doblajes en diputados y dos en senadores. Con el sistema binominal, resulta un gran logro poder alcanzar una mayoría de este tipo, ya que para obtener las dos bancas en juego, la primera minoría tiene que duplicar los votos obtenidos por la segunda, quedándose así con los dos cargos. Sin embargo, estos resultados no son suficientes para aprobar las reformas estructurales que requieren mayorías especiales. Además, la disciplina partidaria será un elemento clave para analizar la relación entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo en el mediano plazo.

La NM ha iniciado su agenda de reformas al poco tiempo de comenzado el mandato de Bachelet. Sin embargo, una de las principales cuestiones en discusión en la agenda electoral, la nueva Constitución, parece que va a resolverse en el recinto parlamentario, como el resto de las reformas que sufrió la carta magna de la dictadura.

Para comprender este punto es necesario retomar las deudas pendientes en términos constitucionales. Como señala Claudio Fuentes Saavedra, el debate constitucional reciente en Chile se orientó hacia la falta de legitimidad de la Constitución de 1980, y esta falta de legitimidad no sólo está dada por su origen autoritario, sino también por el proceso que enmarcó el ciclo de reformas constitucionales

---

5. Cabe recordar que a lo largo del ciclo democrático iniciado en 1990 el PC obtuvo un apoyo electoral superior al 5%, recién logró presencia parlamentaria en 2010, con la incorporación de 3 diputados, a partir de un acuerdo en algunas circunscripciones en las que la Concertación accedió a no presentar candidato propio.

en el período democrático. El ciclo de reformas constitucionales entre 1989 y 2005 –año en el que se aprobaron el conjunto de reformas más sustantivas durante la presidencia de Ricardo Lagos-, estuvo liderado por una elite compuesta por en su mayoría por abogados, hombres, militantes de partidos, expertos en temas constitucionales, sin abrir un debate más amplio hacia la sociedad (Fuentes Saavedra, 2012)

La centralidad de la nueva constitución en la agenda electoral de 2013, evidenció el agotamiento de un modelo de reforma realizado a partir de negociaciones de cúpulas, conducido por expertos y de espaldas a la sociedad, en definitiva de una forma de hacer política. “Lo que funcionaba muy bien para un contexto de transición en el que reinaba la incertidumbre se tornó un problema cuando se eliminaron los principales enclaves autoritarios (Fuentes Saavedra, 2012:222).

En este proceso de reforma, Chile se fue librando de los enclaves autoritarios, pero queda pendiente un proceso constituyente que incluya de manera más amplia a los actores políticos pero sobre todo sociales, y donde se discuta una agenda de temas constitucionales que fueron tratados –con resultados distintos- en otros procesos constitucionales de la región. En este sentido, el mecanismo mediante el cual se construya y sancione la nueva constitución, así como los temas de una agenda político-democrática, ya no exclusivamente anti autoritaria, puede contribuir a fortalecer los debilitados vínculos entre la sociedad y el sistema político. Sin embargo, las primeras señales del nuevo gobierno y el nuevo parlamento, parecen orientadas a eludir la asamblea constituyente como proceso legitimador de una nueva constitución<sup>6</sup>.

#### 4. El desafío institucional de la apertura del juego político

En el presente trabajo, se planteó que el escenario político y social abierto en las elecciones chilenas de 2013 puso en cuestión algunas afirmaciones del saber politológico sobre el caso de estudio.

Una mirada sobre la representación política en Chile no puede centrarse exclusivamente en los partidos como interlocutores en el marco de un sistema competitivo que giran en torno a un eje autónomo de los temas importantes para la sociedad a la que dice representar. En este sentido, quedaron en evidencia los límites institucionales que impone el sistema político para aquellas transformaciones: políticas, sociales, educativas, que se plantean en la arena social, y que desafían las agendas de gobierno y legislativa de los partidos políticos.

La crisis de representación que tuvo sus características propias en nuestra región a lo largo de los distintos países, muestra en el caso chileno una cara particular, consecuente con la historia de este país. Probablemente no desencadene la salida anticipada de un presidente, ni implique la fundación, desde los escombros de un sistema de partidos anquilosado, de nuevos actores partidarios que se reconozcan sin herencia. Pero sin dudas, la democracia chilena deberá encontrar la forma de que la

---

6. En este mismo Dossier se analiza en profundidad el tema de la reforma constitucional en: Lodi, Caballero Rossi y Schiavo Sartor, “La madre de todas las batallas. Un análisis de la reforma del sistema binominal chileno a partir de la demanda por una nueva Constitución”.



política vuelva a ser el ámbito principal de canalización de los conflictos y demandas sociales, y en ese camino, los partidos y las instituciones representativas, deberán resolver un conjunto de demandas institucionales, políticas y sociales para revertir la apatía ciudadana.

En principio, las elecciones de 2013 no muestran con claridad nuevos actores políticos partidarios. En este sentido, el impulso de transformación se dará en el marco de los actores instalados o podrá expresarse en fracturas y nuevos realineamientos. La modificación del sistema electoral, con el cambio del binominal hacia un sistema más proporcional, será un elemento clave que condicionará al sistema de partidos en el futuro.

Chile es un país que siempre fue presentado como fuertemente institucionalizado, con un sistema de partidos competitivo, y con una estructura más parecida a los clivajes de derecha, centro e izquierda propios de la política europea, que a los cánones latinoamericanos. El sistema presidencial en un contexto multipartidista, ensayó tempranamente las fórmulas coalicionales para la construcción de gobiernos mayoritarios. La Unidad Popular inventó la vía chilena al socialismo, y llegó al gobierno a través de las urnas, respetando las instituciones de la democracia representativa en el marco de un proceso de radicalización política en la región. El golpe de estado de Pinochet de 1973, que inaugura una de las más prolongadas y sangrientas dictaduras latinoamericanas, constituyó un hito en el marco de la continuidad constitucionalidad del país. Incluso el régimen autoritario pareció haber aprendido la lección de la institucionalidad, y se ocupó de armar una estructura legal autoritaria que se coronó con la Constitución de 1980 y que condicionó tanto la transición como la nueva democracia, a partir del legado de enclaves autoritarios institucionales, que tuvieron su correlato en los enclaves actorales y culturales. El sistema de partidos emergente de la transición campeó la inestabilidad, practicó la moderación ideológica y la convivencia pacífica, y promovió las reformas a través de estrategias de consenso.

Hoy, el laberinto que se abre ante el gobierno de la Nueva Mayoría, encabezado por Bachelet, y toda la clase política chilena, lo constituyen cambios institucionales profundos, que favorezcan una apertura del juego a la sociedad, asumiendo los riesgos que deparen estas modificaciones de las reglas para los actores políticos principales.

A diferencia de otros países latinoamericanos, Chile no ha incorporado mecanismos de democracia directa. No posee ni plebiscitos ni referendos revocatorios; tampoco tiene iniciativas ciudadanas ni consejos comunales, y fueron escasas y discontinuadas las experiencias de presupuestos participativos en el nivel local (Cameron y Sharpe, 2012:352). El resultado es un sistema político con fuertes rasgos representativos, pero que no ha incluido, como buena parte de los países de la región, mecanismos de democracia directa ni participativa.

A este rasgo del sistema político chileno, se suma un sistema electoral que presenta pocos incentivos para la emergencia e incorporación de nuevas fuerzas partidarias al juego político y que premia a los que "están en el plato", más que a los que intentan ingresar a él.

La derecha, el centro y la izquierda, moldearon hasta 1973 la competencia en el nivel del sistema político. Del proceso de transición emergió un nuevo clivaje: autoritarismo – democracia, que se asoció

al primero, delimitando nuevos vínculos políticos y ordenando el mapa de partidos en dos bloques relativamente estables. Pero esta configuración del sistema de partidos está mostrando su ineficacia a la hora de encontrar opciones significativas para buena parte de la ciudadanía chilena. El nivel de abstencionismo es un indicador que revela las distancias entre las demandas sociales y las propuestas que compiten en el marco del sistema de partidos. En un sentido semejante, el creciente porcentaje de votos que se distribuyen por fuera de las coaliciones tradicionales, como lo ilustran los resultados de las dos últimas elecciones, revela cambios tanto al interior de la elite política chilena como en cuanto a las preferencias ciudadanas.

El Minotauro que aparece como amenaza entre las paredes del laberinto que tiene enfrente suyo Bachelet y la dirigencia política chilena es –en palabras de Cavarozzi y Casullo (2002)- la calcificación de un sistema de partidos hiperinstitucionalizado, que tiende a separarse cada vez más de la sociedad, profundizando el hiato representativo.

En algún sentido, para la clase política chilena la agenda de la transición no concluyó con las reformas de 2005, sino que terminó de materializarse en las elecciones de 2013, en el marco de una crisis de representación muy importante, y en el marco del agotamiento del clivaje autoritarismo-democracia que sirvió para ordenar el vínculo entre el sistema de partidos y la sociedad desde el retorno a la democracia.

### Bibliografía

CAMERON, Maxwell y SHARPE, Kenneth (2012) "La voz institucionalizada de la democracia en América Latina". En Maxwell A. Cameron, Eric Hershberg y Kenneth E. Sharpe (eds.) Nuevas instituciones de democracia participativa en América Latina: la voz y sus consecuencias. FLACO, México.

CAVAROZZI, Marcelo y CASULLO, Esperanza (2002) "Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿consolidación o crisis?" En Cavarozzi, M. y Abal Medina, JM. El Asedio a la política. Los partidos políticos latinoamericanos en la era neoliberal. Rosario: HomoSapiens.

CHASQUETTI, Daniel. (2006) "La supervivencia de las coaliciones presidenciales de gobierno en América Latina". PostData. N° 11. Buenos Aires. pp. 163-192.

COPPEDGE, Michael. (2000). "La diversidad dinámica de los sistemas de partidos latinoamericanos". PostData N° 6, pp. 163-192.

en: <http://encuesta.udp.cl/descargas/publicaciones/2009/Chile>

FUENTES SAAVEDRA, Claudio (2012) "El pacto. Poder, constitución y prácticas políticas en Chile (1990-2010)". Ediciones Universidad Diego Portales. Santiago.

GARRETÓN, Manuel (1983) "El proceso político chileno". FLACSO. Santiago.

GARRETÓN, Manuel. (1991) "La redemocratización política en Chile. Transición, inauguración y evolución". Revista Estudios Públicos, N° 42. Santiago, pp. 101-133.



LANZARO, Jorge. (2001). "Tipos de presidencialismo y modos de gobierno en América Latina". En Lanzaro, Jorge (Compilador). Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina. Clacso, Buenos Aires.

MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy. (1996). "Introducción: Sistemas de partidos en América Latina" En Mainwaring, Scott y Scully, Timothy. La construcción de instituciones democráticas. Sistemas de partidos en América Latina. Santiago: CIEPLAN.

MAINWARING, Scout y TORCAL, Mariano. (2005) "La institucionalización de los sistemas de partido y la teoría partidista después de la tercera ola democratizadora". América Latina Hoy. Vol. 41. Salamanca. pp. 141-173

MAINWARING, Scout, MONTES, J. Esteban y ORTEGA, Eugenio (2001) "Repensando los sistemas de partidos chilenos". En Revista PostData n° 7, mayo.

MELLA, Marcelo (2013) "Perspectivas dogmáticas y agnósticas sobre la democracia". En Fortin, Carlos; Varas, Augusto y Mella, Marcelo (editores) "Los desafíos del progresismo. Europa, América Latina y Chile". RIL Editores. Santiago.

MORALES, Mauricio, CANTILLANA, Carlos y GONZÁLEZ, Julián (2009) "Participando con voto voluntario: efecto de la edad, del nivel socioeconómico y de la identificación política". Disponible en <http://www.icso.cl/images/encuestaUDP2009/poli3.pdf>

MOULIAN, Tomás (2002) "El sistema de partidos en Chile" En Cavarozzi, M. y Abal Medina, JM. El Asedio a la política. Los partidos políticos latinoamericanos en la era neoliberal. Rosario: HomoSapiens.

MOULIAN, Tomás y TORRES DUJISIN, Isabel (2011) "Discusiones entre honorables. Triunfos, fracasos y alianzas electorales de la Derecha en Chile, 1938-2010". Editorial Arcis. Santiago.

PEREZ LIÑAN, Aníbal. (2009). Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latin. Buenos Aires: Fondo de cultura Económica.

RUIZ RODRIGUEZ, Leticia (2013) "Elecciones en Chile 2009/2010: Las elecciones de la alternancia". En Alcántara Saez, Manuel y Tagina, María Laura. "Procesos políticos y electorales en América Latina (2010-2013). Eudeba. Buenos Aires.

VALENZUELA, J. Samuel (1995) "Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile". En Estudios Públicos 58. Otoño.

Recibido 30/10/14 -- Aceptado 15/12/14